

Herbert Spencer

II

Pero lo que se trata de discutir no es tanto si, mediante una inteligencia suficiente, sería *posible* al gobierno cumplir las diversas tareas que se le imponen, sino más bien si es o no *probable* que las cumpliera. Es menos asunto de *poder* que de *querer*.

Admitamos que el Estado sea perfectamente capaz, y veamos si en tal caso puede esperarse de él que lleve a feliz término la obra. Consideremos la fuerza motriz que pone en juego la máquina legislativa, y tratemos de ver si esta fuerza recibe en ella un empleo tan bueno como en otra parte.

Demasiadas Leyes

Evidentemente, como lo que hace obrar al individuo es siempre un deseo, de tal o cual clase, de igual modo, una institución social (cualquiera que sea su naturaleza) deberá tener por motor un grupo de deseos.

Cuando los hombres obran en conjunto, ni uno de sus actos deja de nacer de un apetito, de un sentimiento, de un gusto común a todos. Si no les gustara la carne, no habría ganaderos, ni mercado de ganados en Smithfield, ni corporaciones de carniceros para distribuir esa carne. Si hay óperas, sociedades filarmónicas, editores de música y organilleros, es en virtud de nuestra afición a los sonidos melodiosos. Deletréese el *Almanaque del Comercio*; tómese una guía con vistas de Londres; léase el *Indicador de las tablas del tiempo*, de Bradlaugh, los informes de las sociedades sabias o los prospectos de librería; y en cada una de estas publicaciones tomada en sí misma, como en las cosas que describe, se verán otros tantos proyectos

Herbert Spencer

engendrados por la actividad humana, gracias a un deseo natural en el hombre.

En virtud del deseo nacen todos los establecimientos, los más gigantescos lo mismo que los más pequeños, los más complicados como los más sencillos, tengan por objeto la defensa de todo el país o la de su más pequeñas partes, la distribución cotidiana de la correspondencia o la selección de los pequeños pedazos de carbón acarreados por el Támesis; establecimientos para todos los fines posibles, desde la predicación del cristianismo hasta la protección de los animales contra los malos tratos; desde la panadería para proveer a toda la nación hasta el establecimiento que vende las migajas para los pajarillos enjaulados.

Por consiguiente, si los deseos acumulados de los individuos son el motor que pone en juego todo mecanismo social, la cuestión debe establecerse diciendo:

Demasiadas Leyes

«¿Cuál es el género de mecanismo más económico?»

El mismo mecanismo no produce nada, es un instrumento; tenemos, pues, que buscar el instrumento más eficaz, el instrumento que menos cueste y que desperdicie menos fuerza motriz, el instrumento menos expuesto a estropearse y el más fácil de reparar cuando se estropeé.

Ahora bien, entre las dos clases de mecanismo social de que acabamos de dar ejemplos, el espontáneo y el administrativo, ¿cuál es preferible?

El modo mismo del plantearse la cuestión lo dice bastante: el mecanismo mejor es el que contiene menos elementos. El proverbio «Si quieres trabajo bien hecho haz ese trabajo», no es menos bueno en política que en la vida privada. La historia del propietario que ve que sus tierras, cuando las confía a un ad-

Herbert Spencer

ministrador, le dan deudas por todo producto, mientras que los arrendatarios le pagan, es una historia que se repite, en los anales de las naciones, bajo una forma aún más clara que en las encuestas de un propietario. Si las Compañías por acciones se resienten, como es sabido, cuando un individuo les hace competencia, con mayor razón se resentirá esa Compañía que abraza la nación entera.

El método que hace pasar el poder de los colegios electorales a los miembros del Parlamento, de éstos al ejecutivo, del ejecutivo a una oficina, de la oficina a inspectores, y de los inspectores por fin, bajo sus órdenes, a los que hacen el trabajo, esa interposición de toda una serie de palancas cada una de las cuales absorbe su parte de la fuerza motriz en frotamientos y en inercia vencida, son procedimientos demasiado complicados para valer gran cosa: y en cambio, el auxilio directo, de parte de la sociedad, a los individuos, a las compañías privadas, a los esta-

Demasiadas Leyes

blecimientos creados por la iniciativa de los particulares, es un medio tanto mejor cuanto que es más sencillo. Para hacer el contraste más sensible, comparemos en sus detalles la manera de operar de ambos sistemas.

La máquina oficial está acostumbrada a la lentitud. Cuando un establecimiento particular nos fastidia con sus retrasos, acabamos con ellos cesando de buscar sus servicios, y pronto encontramos gente más activa: bajo disciplina tal, todos los establecimientos han aprendido a trabajar con rapidez. Mas, con los retrasos propios de las administraciones del Estado, el remedio no es tan sencillo. Los trámites que reclama un asunto que depende, por ejemplo, de la Cancillería, duran lo que la vida de un hombre, y es menester sufrirlo con paciencia. ¡Y los catálogos de museo! ¡Se les ha aguardar con una espera sin esperanza! Cuando un particular quiere construir un Palacio de Cristal, hace un plano, lo ejecuta y adorna en algunos meses. La

Herbert Spencer

legislatura, en cambio, emplea veinte años en construirse un nuevo edificio. Por el cuidado de ciertas personas, las discusiones del Parlamento son a diario impresas y repartidas a través del reino algunas horas después de haber tenido lugar; pero los Anales del comercio aparecen regularmente con un mes de retraso, con más a veces.

Y el caso es que esta es la regla universal. Aquí, es una oficina de salubridad pública que desde 1849 está a punto de cerrar los cementerios de Londres y que aún (1853) no ha hecho nada con tal fin; y tanto y tanto ha dormido sobre los proyectos de cementerios, que la Compañía de la Necrópolis de Londres le ha cortado la hierba bajo los pies. Allí, es un inventor privilegiado que sostiene una correspondencia de veinte años con la Guardia de a caballo antes de obtener una respuesta definitiva acerca del empleo de sus botas de montar perfeccionadas para el ejército. En Plymouth, es un capitán de marina

Demasiadas Leyes

que, desde el naufragio de la *Amazona*, deja pasar diez días antes de enviar en busca de las canoas de ese navío, que nadie había vuelto a ver.

Además, la administración oficial es bestia. Está en la naturaleza de las cosas que cada ciudadano busque el trabajo para el cual se preste más. Los que son a propósito para la tarea que emprenden salen bien de ella y, ordinariamente, reciben un ascenso en relación con su habilidad; en cuanto a los ineptos, la sociedad los repele, cesa de emplearlos; les obliga a buscar un trabajo más fácil, y entonces vuelve a tomarlos a su servicio.

Pero, en las administraciones del Estado, tanto importa se sirva o no. Allí, ya se sabe, el nacimiento, la edad, la intriga, que pasa por las escaleras de servicio, y la adulación, he ahí lo que distingue a un hombre, más bien que el mérito.

Un «mal hijo», cuando es «hijo de familia» y «la familia» tiene buenas relaciones, no

Herbert Spencer

ha de molestarse mucho para casarse en la Iglesia. Un joven que fuera demasiado mal educado para hacer nada bueno en ningún oficio, llegar a ser un buen oficial del ejército. Cabellos canos, o bien un título, son cosas preferibles al talento para ascender en la marina. Más aún, el hombre que vale no tarda en notar que, en los puestos oficiales, la superioridad es un obstáculo: sus jefes huyen como de la peste de sus planes de mejora y siéntense heridos por ellos como por una crítica indirecta.

Así, pues, la máquina oficial no sólo es complicada, sino que por otra parte está hecha de materiales inferiores en calidad.

De ahí los embustes en que la pillamos a diario: arsenales a los que el dominio nacional envía maderas de construcción que no valen nada; la Comisión encargada de aliviar los males de la escasez, en Irlanda, que se las compone para arrancar el suelo a los labradores y disminuir en una cuarta parte la

Demasiadas Leyes

siguiente cosecha; tres oficinas distintas para archivar los privilegios, sin que ninguna de las tres posea un repertorio; los buques de guerra que se construyen de hierro cuando se querían de madera, y los vapores correos que siguen haciendo de madera cuando deberían hacerse de hierro.

Doquiera estalla la misma necesidad, desde la ventilación de la Cámara de los comunes, en donde se trabajó lo indecible para obtener un fiasco, hasta la publicación de la *Gaceta de Londres*, que invariablemente sale de las oficinas mal plegada.

Un nuevo carácter de la administración: es pródiga.

En los departamentos principales, el ejército, la marina, la Iglesia, emplean muchos más funcionarios de los que necesita, y paga sueldos locos a los más inútiles de ellos.

Los trabajos dirigidos por la Comisión

Herbert Spencer

de los alcantarillados vinieron a costar, según B. Hall, de 300 a 400 por 100 más de lo previsto, y los gastos de administración se elevaron a 35, 40 y 45 por ciento del gasto total.

Los guardianes del puerto de Ramsgate -puerto, dicho sea de paso, en cuya construcción se emplearon cien años,- gastan 350,000 francos anuales en lo que se podría hacer, esto se ha demostrado, por 125,000.

La Oficina de salubridad manda dibujar, bajo su propia dirección, un nuevo plano de cada ciudad, lo que ocasiona un gasto tan inútil, según Stphenson, que salta a la vista del primer aprendiz de ingeniero.

Los establecimientos oficiales no tienen por qué contar con los motivos que hacen la economía indispensable en un establecimiento privado.

Los comerciantes y las Asociaciones co-

Demasiadas Leyes

merciales no obtienen buenos resultados sino vendiendo a bajos precios. El que no responde a esta condición pronto es suplantado por los que la satisfacen.

Nadie puede cargar al público con los afectos de su prodigalidad; y por eso no cae nadie en ella.

Cuando se necesita sacar provecho de un trabajo, no puede consagrarse el 48 por 100 del gasto total a los gastos de administración, como sucede en las obras públicas de la india; y las Compañías de los caminos de hierro indios, que conocen esta verdad, se las componen para no consagrar a su administración general más de un 8 por 100 de los gastos totales.

Nunca un tendero dejará pasar en sus libros de cuentas un *ítem* comparable a esos 6 millones de libras esterlinas⁶ anuales, que el Parlamento arranca al Tesoro para gastos imprevistos.

⁶ Unos 150 millones de pesetas.

Herbert Spencer

Visítese una fábrica, y se verá que allí el empleo de cada sueldo está regulado como por un espíritu en el cual siempre está presente una cruel alternativa: o economía o ruina.

Recórrase uno de los arsenales ingleses, y, a cada observación que a uno le sugieran las huellas visibles de despilfarros, obtendrá por respuesta la conocida frase del caló:

«Mi tío es quien paga⁷»

Otro de los vicios de la administración es su falta de *elasticidad*. Distinta en esto de los establecimientos privados, que no tardan en componérselas para hacer frente a las circunstancias; distintas del tendero, que encuentra la manera de satisfacer la petición más inesperada; distinta de la Compañía de caminos es de hierro, que dobla sus trenes para acomodarse a una afluencia momentánea de viajeros, la máquina oficial, sin tener

⁷ Esta frase tiene en inglés el mismo sentido que en la nuestra: «El pueblo paga».

Demasiadas Leyes

en cuenta que las circunstancias siempre están variando, se arrastra constantemente con su pesadez habitual en el círculo trazado y consagrado.

Por su naturaleza misma, no basta sino para el curso ordinario de los asuntos; no puede contarse con ella para una necesidad súbita e inaplazable. Imposible dar un paso por la calle sin que el contraste surja ante uno.

¿Estamos en verano? Se verán los carruajes de riego dar su vuelta sin ocuparse del tiempo y de lo que exige, hoy regando calles ya penetradas por la lluvia, mañana distribuyendo sus hilos de agua de igual modo sobre un suelo cubierto de polvo.

¿Estamos en invierno? No se verá variar el número de barrenderos ni su actividad: la cantidad de lodo nada influye en esto; y, si cae una avalancha de nieve, las calles popu-

Herbert Spencer

losas permanecerán una semana en tal estado, sin que se haga un esfuerzo para ponerse al nivel de las circunstancias.

Y todo esto hasta en el corazón de Londres. Durante las últimas nevadas, sin ir más lejos, tuvimos a la vista, como una antítesis real, los efectos de los dos métodos de administración, en los ómnibus y en los coches de alquiler. Los ómnibus no sometidos a una tarifa legal, tomaron caballos de refuerzo y aumentaron el precio de los trayectos. Pero los coches, que tienen una tarifa establecida por Acta del Parlamento (un Acta que, con la previsión natural de las Actas, no había ni sospechando que pudiera nevar de aquel modo), se negaron a hacer servicio, abandonaron sus puestos y sus estaciones, y dejaron que los viajeros fuesen a sus domicilios como podían con sus equipajes; ¡y de esta manera hicieron inútiles en el momento en que más necesarios eran!

Demasiadas Leyes

Pero tan graves inconvenientes no son los solos afectos enfadosos de la rigidez de la administración; han de unirse a ellos grandes injusticias.

Volvamos a los coches: desde la última modificación introducida a tal respecto en la ley, los coches viejos que antes vendíanse aún a 250 y 300 francos, no se venden ya; es menester romperlos; con lo cual el legislador ha despojado a los propietarios de coches de una parte de su capital.

De igual modo, la reciente ley sobre las chimeneas de Londres que no se aplica si no a un territorio determinado ha traído el efecto de hacer que pese sobre el fabricante un impuesto, mientras que su competidor, establecido a un cuarto de milla⁸ de ahí, se salva de este pago; lo cual da, según datos dignos de crédito, una diferencia de 1,500 libras⁹ en favor del segundo.

⁸ 400 metros.

⁹ Unas 37,000 pesetas.

Herbert Spencer

Con estos ejemplos se puede tener una idea de esa infinita variedad de iniquidades, unas más graves que otras, que son las consecuencias inevitables de toda reglamentación legal. La sociedad, organismo vivo, siempre en vías de crecimiento, se ve sujeta a fórmulas y como colocada en mitad de mecanismos brutos, inflexibles. ¿Cómo se quiere que no sea cogida y herida por ellos?

No hay más que una clase de aparatos que le convengan: aquellos a través de los cuales su sangre circula a cada latido de su corazón y que cambia como ella cambia.

Toda administración oficial se corrompe: esto es inevitable, todos lo sabemos. No las rodea ese preservativo que se llama la competencia; para vivir no tiene necesidad, como las instituciones privadas y sin subvención, de mantenerse en perfecto estado de salud.

Así es, que todos los establecimientos hijos de una ley caen en la inercia y la plétora;

Demasiadas Leyes

y la enfermedad no está entonces lejos. Los salarios se distribuyen sin tener en cuenta la actividad gastada en el cumplimiento de las obligaciones; lo son asimismo aún después de cesar completamente la función; acaban por servir de dotación a los ociosos bien nacidos; son un estímulo al perjurio, a la corrupción, a la simonía. ¿Son elegidos los directores de las Indias orientales por su habilidad en la administración? No: compran los votos con promesas; venden de antemano su protección, y ni el vendedor y el comprador piensan por un instante en el bien de cien millones de hombres.

Los notarios no se contentan con ganar muchos miles de libras esterlinas por año en cambio de un trabajo que les dan hecho empleadillos mal pagados; además saben defraudar al Tesoro, a despecho de reprimendas. En los arsenales, el ascenso no es para los buenos empleados, sino para los protegidos políticos. Antes de perder sus abun-

Herbert Spencer

dantes ingresos, los ministros de la religión predicán en contra de sus creencias; los obispos hacen falsos estados de sus prebendas; y, para que se les elija como ayudantes en los colegios, los sacerdotes de buena composición se declaran *pobres, píos y sabios*. Desde el inspector particular, que ante un abuso se deja tapar los ojos por el contratista con ayuda de un obsequio, hasta el primer ministro, que encuentra el medio de colocar bien a sus partidarios, no se ven a diario más que ejemplos de tal venalidad, y esto a despecho de la reproducción pública, a despecho de incessantes tentativas para detener el mal.

Como decía en cierta ocasión delante de nosotros un empleado del Estado con veinticinco años de servicio, «allí donde entra el gobierno hay un bribón».

Y este resultado es inmediato cuando se destruye la relación inmediata que debería existir entre el trabajo hecho y el salario obtenido.

Demasiadas Leyes

Nadie se figurará que, si es por otra parte incapaz, le bastará ofrecer en el *Times* un jarro de vino al comerciante que le procure una colocación fija para encontrar este comerciante.

Mas, el la administración, el jefe no tiene interés personal que defender; allí, el que nombra los empleados nada tiene que perder si éstos resultan nulidades; así es, que el jarro de vino produce en ellos su efecto.

En los hospitales, en los establecimientos públicos de caridad, en las cajas para difusión de las letras, en las escuelas que tienen una subvención, en todas las instituciones sociales en que el cambio del trabajo con el salario no se hace como es debido, encuéntrase la misma corrupción, que es tanto más profunda cuanto más distanciada es la relación entre el salario y el trabajo.

Luego la corrupción es un hecho necesario en los establecimientos que el Estado go-

Herbert Spencer

bierna. En los del comercio, por el contrario, se ve muy pocas veces; y estas pocas veces, todavía puede ser remediada, porque el instinto de conservación anda en juego.

He ahí muchos y muy notables contrastes, a los cuales hay que añadir éste: mientras los cuerpos formados de particulares son emprendedores y amigos del progreso, los cuerpos públicos son inmutables y aún se oponen a todo progreso. Nadie espera que de un cuerpo oficial salgan invenciones. Y lo que tampoco se debe esperar es verle salir de su rutina maquinal para aceptar mejoras, desde el momento en que tal cambio le costaría un gran esfuerzo de inteligencia y de voluntad, y esto sin esperanza de provecho.

Y este cuerpo no es sólo amigo del reposo; resiste con obstinación a todo cambio, tanto por sí como por cuanto con él se relaciona.

Hoy, los tribunales cambian sus costum-

Demasiadas Leyes

bres; mas, hasta hoy, todos los hombres de ley se oponían tercamente a toda reforma de la ley. Las universidades han mantenido su antiguo programa hasta mucho tiempo después de cesar éste de ser bueno; y luchan ahora para evitar la revisión con que se ve amenazado. Ni una mejora habido en correos que no haya excitado vehementes reclamaciones por parte de la administración de Correos. Wilson podría decirnos hasta qué punto es todavía poderoso el espíritu conservador en las escuelas primarias de la Iglesia. Ni aún los mayores peligros pueden hacer cesar la resistencia oficial; un hecho lo atestigua: en 1820, como antes ya dijimos, el profesor Barlow manifestaba en su informe sobre las brújulas del Almirantazgo, que «la mitad por lo menos no eran más que antiguallas». Pues bien, aún cuando en esto hubiera una amenaza real de naufragio para cada navío, «las cosas no parecían haber sido sino muy poco mejoradas en 1838 y aún en 1849».¹⁰

¹⁰ Teoría elemental del magnetismo, de Sir W. Snow Harris, tercera parte, página 145.

Herbert Spencer

Y esta fuerza de inercia, no es fácil de extinguir, ni siquiera para una opinión pública poderosa; por ejemplo, en vano durante varias generaciones las nueve décimas partes de la nación desaprobaron la organización de la Iglesia que harta a los holgazanes y diezma a los trabajadores; nombrándose, sí, comisiones para restablecer la equidad, pero, en suma, todo está como estaba.

Otro ejemplo: desde 1818, se han hecho como una veintena de tentativas para introducir el orden en las escandalosas malversaciones de los administradores a quienes se halla confiada la gestión de las fundaciones de caridad: diez veces en diez años se han puesto medidas en el Parlamento para remediar lo que sucede; y los abusos continúan, tan groseros o más que antes.

Por otro lado, esos instrumentos del poder, no sólo resisten a todo esfuerzo en pro de las reformas, sino que impiden toda reforma en

Demasiadas Leyes

otras materias. Defendiendo sus intereses invariables, el clero retrasa el cierre de los cementerios comprendidos en las poblaciones. Lindsay podía probar que los agentes oficiales de emigración impiden se haga uso del hierro en los buques de vela. Los empleados de la Sisa son un obstáculo a todo perfeccionamiento en los trabajos confiados a su vigilancia.

El instinto conservador aparece indudablemente en la conducta diaria de todos los hombres; pero, en el individuo, es un obstáculo cuyo interés llega fácilmente al fin. La esperanza del provecho acaba por enseñar al agricultor que, para establecer buenos canales de riego, es menester que estén bastante profundos; y emplea tiempo en hacerlo así, pero así, lo hace. Los fabricantes llegan a saber al cabo de cierto tiempo cuál es la manera de proceder que más les conviene, teniendo en cuenta la economía, para animar sus maquinas de vapor.

Herbert Spencer

Más, en los servicios públicos, y hallándose dominado el instinto conservador por ningún interés personal, obra libremente, dando los más absurdos y desastrosos resultados. Generaciones hacía que el uso de la teneduría de los libros se había establecido, y las cuentas del Tesoro se hallaban todavía registradas por medio de listones señalados. En las previsiones del balance para el año corriente, léese este *ítem*:

«Alimentación de las lámparas de aceite en el cuartel de la guardia montada.»

Entre las administraciones creadas por una ley y las que espontáneamente se formarán, ¿quién sería capaz de vacilar después de todo esto?

Las unas son lentas, estúpidas, extravagantes, groseras, corrompidas, contrarias al progreso.

Demasiadas Leyes

¿Se pueden descubrir en las otras vicios que pesen lo que éstos?

Sin duda que el comercio tiene sus abusos y sus locuras en la especulación. Males son esos que no pueden separarse de la naturaleza humana con sus actuales imperfecciones.

Pero no es menos cierto que estas imperfecciones alcanzan a los funcionarios y que, no estando en ellos sometidas a la misma severa disciplina, deben producir resultados peores. En el supuesto de que una raza humana tiene cierta inclinación a conducirse mal, la cuestión está en saber si, para la buena organización de la sociedad, es preferible que toda mala acción acarree un castigo inmediato, o que le arrastre tras sí sólo de lejos y por un lazo nada fuerte.

¿Cuál será de dos sociedades la mejor, aquella en que el agente que desempeñe mal su cargo sea al punto castigado por la pérdi-

Herbert Spencer

da de su clientela pública, o aquella en que tal agente no pueda ser castigado sino con ayuda de un complicadísimo aparato de reuniones públicas, peticiones, votaciones, consejos de ministros y legados de cordones encargados? ¿No es una esperanza de utopista, y una absurda esperanza, de creer que los hombre serán mejor ante un castigo lejano e incierto que en presencia de un castigo próximo e inevitable?

Y sin embargo, esa es la esperanza que abrigan, sin saberlo, la mayoría de los hacedores de planes políticos. Escúchense sus proyectos: lo que proponen se haga, opinan que puede ser el hecho por agentes nombrados a este fin. Los funcionarios son fieles: he ahí sus primeras palabras.

Es indudable que, si se pudiera tener la certeza de encontrar un personal de buenos *oficiales*, esto sería un gran dato en favor de la intervención *oficial*, pero, de tal modo, aún el despotismo, si pudiéramos estar seguros

Demasiadas Leyes

de dar con un buen déspota, tendría sus buenos aspectos.

Sin embargo, si queremos ver claro el contraste entre los dos métodos posibles para satisfacer las necesidades de la sociedad, el uno artificial, el otro natural, no basta conocer los defectos del uno; a la vez se ha de considerar los méritos del otro, que son muchos e importantes.

En primer lugar, toda empresa de particulares depende estrechamente de la necesidad que la suscitara; y, allí donde no hay necesidad, la es por completo imposible subsistir. A diario se fundan nuevos comercios, nuevas compañías. Si responden a una necesidad del público, echan raíces y prosperan. De lo contrario, mueren de inacción. Basta para su ruina una agitación, un acto del Parlamento. Ocúrreles lo que a todo lo que se haya organizado por la naturaleza: si no tienen función, ningún alimento reciben, y perecen.

Herbert Spencer

Además de que los nuevos establecimientos desaparecen si son superfluos, los antiguos también dejan de existir cuando su tarea ha terminado. Muy diferentes de los instrumentos creados por la ley, muy distintos del colegio en los Heraldos, que se mantiene en una época en que el blasón no tiene valor, muy distintos de los colegios eclesiásticos, todavía florecientes, aún cuando desde hace algunas generaciones se hayan tornado abominables para todos, los instrumentos creados por los particulares se destruyen cuando dejan de ser necesarios. Un sistema muy extendido de coches públicos desaparece en cuanto un sistema de poder superior, los caminos de hierro, comienza a existir. No sólo desaparece y no trae más capitales, sino que los elementos que comprendían son puestos en libertad y utilizados de nuevo: cocheros, cobradores, etc., todo es empleado en otra parte; y no continúan durante veinte años cargando al público con sus personas, cual lo harían, con sus compensaciones, los empleados de un departamento de la administración recientemente abolida.

Demasiadas Leyes

Considérese también hasta qué punto es inevitable que las instituciones libres se acomoden a su tarea. Es ley de todo cuerpo organizado que, para funcionar bien, necesita un aprendizaje. Es una verdad que el negociante en ciernes debe comenzar por llevar las cartas al correo; que para llegar a ser buen posadero es menester haber sido mozo de posada: es indudable que, para desarrollar el ingenio, es necesario en primer lugar hacerle concebir lo que es identidad y dualidad, en seguida el número, y que sin esto, ni aritmética, ni álgebra, ni cálculo infinitesimal le será accesible, y no es menos cierto que toda parte de un organismo empieza por un estado de extremada sencillez en el que no tiene más que una función insignificante, y que, para llegar a su forma definitiva, pasa por diversas fases, complicándose sin cesar.

Un corazón, no es al principio más que un saco que puede contraerse; un cerebro, es en sus comienzos un ligero ensanchamiento de la cuerda espinal.

Herbert Spencer

Pues bien, esta ley se aplica igualmente a la organización de la sociedad.

Un aparato, para funcionar bien, deben no haber sido hecho con arreglo a un plan preconcebido y ejecutado de un golpe por los legisladores; es menester que haya salido poco a poco de un germen; nada ha de agregársele de nuevo que no haya sido primeramente exigido, luego ensayado por el experiencia; sólo después de esta prueba se puede pensar en una nueva adición; y únicamente por este método de tanteos puede formarse un aparato conveniente.

Un hombre probo recibe dinero en depósito; de ahí, poco a poco, nace todo un vasto sistema de bancos, con sus billetes, sus *cheques*, sus tratados, sus complicadas transacciones, con su despacho, en fin, de cuentas corrientes. Machos de carga, luego carricoches, luego coches, luego vehículos de vapor sobre caminos apropiados; tales son los grados sucesivos por

Demasiadas Leyes

los cuales el sistema de comunicaciones se ha elevado al estado actual. No ha sido necesaria la intervención de un director de ministerio para que se formase espontáneamente todo un cuerpo de manufactureros, de corredores, de viajantes, de comerciantes detalladores, y esto por grados demasiados insensibles para ser distinguidos.

Lo propio puede decirse respecto a creaciones de otra índole. El Jardín Zoológico, que es lo mejor que en su género encierra el mundo, comenzó por ser una colección privada, perteneciente a varios naturalistas. La mejor escuela obrera conocida, la escuela anexa a los talleres de Price, comenzó con media docena de muchachos que valiéndose de sucios papeles y de plumas inservibles trataban de aprender a leer y escribir.

Obsérvese también (y es ésta una consecuencia de su modo de creer) que estas instituciones espontáneas se desarrollan con arreglo a las necesidades y alcanzan las ne-

Herbert Spencer

cesarias proporciones. La misma causa que les dió vida que en ellas crezcan las ramas allí donde pueden ser útiles.

Pero, con las instituciones del gobierno, la oferta no sigue tan de cerca a la demanda.

Establézcase una oficina y un cuerpo de empleados; fíjense sus deberes; déjese todo esto por espacio de una o dos generaciones para que adquiera solidez; y, si en alguna ocasión deseas obtener de ella un trabajo extraordinario, os será menester por lo menos un acta de Parlamento, y aún así no obtendréis vuestro trabajo si no después de mil emplazamientos y dificultades.

Si el espacio lo permitiera, mucho seguiríamos diciendo acerca de la superioridad que se atribuye a las instituciones que los naturalistas llaman *exógan*as sobre las que llamarían *endógan*as.

Demasiadas Leyes

Pero basta a colocarse en el punto de vista que he indicado, para distinguir claramente las diferencias características que todavía las separan.

Por consiguiente, de estas dos clases de medios de acción en la sociedad, los unos fracasan siempre, tan pronto empeorando el mal como produciendo más males de los que curan; los otros triunfan siempre y hacen doquiera el bien.

Al primer golpe de vista, la máquina oficial parece poderosa; más, con esto, nunca responde a lo que se separa de ella. Las fuerzas de los particulares parecen al principio bastante débiles: pero a diario se admira el mundo ante los prodigios que crean. Sin hablar de las Compañías por acciones, que son tan poderosas que, para cubrir un reino entero de caminos de hierro se toman justamente el mismo tiempo que el Almirantazgo para construir un buque de cien cañones, lo que resulta más sorprendente, es que los es-

Herbert Spencer

tablecimientos del Estado son vencidos aún por individuos aislados. Bien conocida en la antítesis famosa de la Academia, que, con 40 miembros, emplea 26 años en redactar el Diccionario francés, mientras que el doctor Johnson, sin ayuda de nadie, redacta en sólo ocho años un Diccionario inglés. Aún teniendo en cuenta que la importancia de las dos obras no es igual, siempre se bastante la diferencia de tiempo.

Por otra parte, esta antítesis tiene más de una compañera; podríamos citar más de un ejemplo de la misma familia.

Si hubo una empresa grande e importante para la salud pública, lo fué la de llevar al Río Nuevo a Londres: la más rica corporación del mundo lo intentó en vano; Sir Hugh Myddleton, sin ayuda de ningún género, púdolo conseguir.

El primer canal abierto en Inglaterra (es esta una obra que sin embargo sólo el gobier-

Demasiadas Leyes

no parecía capaz de concebir y de realizar), fue comenzado y acabado por un particular, quien la hizo objeto de una explotación: por el duque de Bridgewater.

Con su propio trabajo y sin ayuda de ninguna especie, William Smith llevó a cabo la gran empresa de trazar el Mapa geológico de la Gran Bretaña; mientras tanto, el Mapa del estado mayor -un mapa, a decir verdad, cuidado y bien estudiado,- ha ocupado ya a todo un cuerpo de oficiales durante dos generaciones o poco menos, y habremos de esperar a que termine la tercera, para tener el mapa acabado.

Howard y las presiones de Europa; Bianconi y la circulación en Irlanda; Waghorn y la carretera del Oberland; Dargan y la Exposición de Dublín... ¿no os sus sugiere contraste sorprendente cada uno de estos ejemplos?

Herbert Spencer

Mientras que particulares como Danison construyen casas modelos en las cuales la mortalidad está muy por de bajo del término medio, el Estado hace barracas en donde pone hombres escogidos, sometidos a la vigilancia de médicos, arreglándoselas de tal modo, que la proporción de muertos se eleva, por mil y por año, a 13.6, 17.9, y aún a 20.4. Pues bien, entre los particulares de la misma edad, en los mismos lugares, la proporción es de 11.9¹¹.

El Estado ha hecho, en Parkhurst, importantes gastos para corregir a jóvenes criminales, y *no* ha llegado a corregirlos; Ellis toma cincuenta de los más empedernidos ladrones jóvenes de Londres que la policía consideraba como los más incurables, y los corrige a todos.

Piéñese en las Oficinas de emigración: gracias a sus medidas, los emigrantes, amon-

¹¹ Véase el *Informe estadístico sobre las enfermedades y la mortalidad en las tropas*, 1853.

Demasiadas Leyes

tonados en masas apretadas, mueren a cientos; con su permiso nuestros puertos dejan salir navíos que son, como el *Washington*, el asilo de la ratería, de la brutalidad, de la tiranía, de la obsenidad.

A su lado se forma la sociedad de préstamos para la colonización en familia, fundada por la señora de Chisholm; y el resultado no es peor; por el contrario, todo mejora; no desmoraliza a las gentes amontonándolas en confusa horda, las corrige por una suave disciplina; no crea pobres repartiendo limosnas, alienta la previsión; no recurre a nuevos impuestos, se basta a sí misma.

¡Qué lecciones para los amigos de la intervención legislativa! ¡El Estado vencido por un obrero zapatero! ¡El Estado vencido por una mujer!

Lo que hace mayor este contraste entre los resultados de la actividad del Estado y los de la actividad de los particulares, es que aquél,

Herbert Spencer

no tenemos que olvidarlo, se hace constantemente suplir por éstos, aún en las funciones que hay obligación de confiarle.

Sin hablar de los departamentos de guerra y marina, en los que una buena parte del trabajo es hecho por contratistas y no por empleados de gobierno; sin hablar de la Iglesia que se desarrolla sin cesar, no gracias a la ley, sino gracias al celo de los particulares; sin hablar de las Universidades, en las cuales la sola enseñanza útil es debida, no a los funcionarios oficiales, sino a los maestros particulares, consideremos tan sólo de qué manera funciona nuestro aparato judicial.

Los hombres de ley no cesan de decirnos que una codificación es cosa imposible; y hay más de un alma sencilla que los cree.

Pues bien, comencemos por hacer observar que lo que el gobierno y todos sus empleados no pueden hacer por las actas

Demasiadas Leyes

de Parlamento en general, un hombre solo, Deacon Hume, ha tenido la energía de hacerlo en nuestras 1,500 leyes de aduanas.

Pero sigamos. Veamos de qué manera se remedia la falta de todo orden metódico en nuestras leyes.

Los estudiantes de Derecho, que se preparan para la barra y en resumidas cuentas para la magistratura tribunalicia, han de pasar años en investigaciones, para familiarizarse con ese montón informe e inmenso de leyes; y esta coordinación que, como se ha dicho, el Estado no puede realizar, se admite que cualquier estudiante la puede llevar a cabo: ¡En el fondo, el Estado no sale muy bien parado de esto! Puede cualquier juez codificar nuestras leyes: pero la «sabiduría colectiva» es impotente para ello.

Ahora bien, ¿cómo un juez se encuentra en estado de hacer esa codificación?

Herbert Spencer

Lo debe a particulares que tomaron la iniciativa de marcarle el camino; lo debe a las codificaciones parciales de Blackstone, Coke y otros; lo debe a las selecciones de leyes acerca de las asociaciones, de las quiebras, de los privilegios, de los preceptos que atañen a las mujeres, y tantas otras que a diario nos da la imprenta; lo debe a los extractos de procesos, a volúmenes de informes, obras todas ellas en las cuales el gobierno no toma parte.

¡Destruýese todos esos fragmentos de codificaciones hechos por individuos, y el Estado quedará en la más profunda ignorancia de sus leyes! Si los particulares no hubiesen remediado los errores del legislador, la administración de la justicia hubiera sido imposible.

Pues entonces ¿a santo de qué ciertas gentes predicán sin cesar porque se extienda la acción del legislador?

Si, como se ha visto en gran número de

Demasiadas Leyes

casos, las medidas del gobierno no curan los males que pretenden curar; si, en un número igual de casos, empeoran los males en vez de remediarlos; si, por último, en otros casos, frecuentes también, no curan ciertos males sino creando otros, a menudo peores; si, como acaba de verse, el poder muestra cada día menos fuerza real que los particulares; si, por fin, como se ha dicho en último lugar, los particulares se ven constantemente obligados a suplir la insuficiencia del poder, aún para el cumplimiento de funciones sin las cuales el Estado no podría existir ¿qué razón hay para pedir todavía nuevas administraciones públicas? Los abogados de tal tesis pueden muy bien pretender como filántropos, como hombres de talento, mas no como hombres sabios, a no ser que la señal de la sabiduría sea el desprecio de la experiencia.

«Pero hay todo una parte, la mejor, de este racionamiento, que no tiene razón de ser, dirán nuestros adversarios. La verdadera cuestión no está en saber si los individuos y

Herbert Spencer

las Compañías triunfan sobre el Estado, sino en saber si tales necesidades de la sociedad que al Estado hacen la competencia pueden ser satisfechas sólo por él. Admitamos que la empresa privada haga mucho, y que haga bien lo que hace; se ha de reconocer a pesar de esto que a diario se encuentran vacíos que no ha llenado, de los cuales no se ocupa. En tales casos es incompetente, eso salta a la vista, y, por tanto, al Estado toca remediar esta impotencia: que es lo que hace, no muy bien, pero también como puede.»

No insistiremos más sobre tantos hechos ya citados y de los cuales resulta que el Estado, en tal tentativa, se expone a hacer más mal que bien; no insistiremos en repetir que, en la mayor parte de los casos de que se trata, la aparente impotencia de los particulares ha tenido por *causa* la intervención del Estado, cosa que, sin embargo, costaría trabajo probar; tomaremos la tesis tal como se presenta. Con seguridad que no habría sido precisa ninguna ley sobre la marina mer-

Demasiadas Leyes

cante para impedir la partida de barcos incapaces de detenerse sobre el agua, ni para proteger a los marinos contra los malos tratos, si no hubiera habido leyes sobre la navegación para producir estas dos clases de males; con seguridad, que, si se prescindiera de todos los casos semejantes, en los que el mal, el vacío, tenían por causa directa o no la ley, no quedarían gran cosa en apoyo de la tesis de que hablamos; pero, en fin, concedamos que, después de la desaparición de todos los obstáculos artificiales, quedarían aún muchos vacíos que llenar, frente a los cuales la iniciativa privada sería impotente, en la medida que cabe preverlo.

Sí, concedamos todos estos puntos; aún no quedaría justificada la intervención del legislador.

Efectivamente, la tesis en discusión supone, lo que no puede ser probado, que las formas sociales no obrarán nunca con más

Herbert Spencer

energía que hoy, que producirán por todos resultados justamente los que parecen en estado de producir.

Costumbre es de esta escuela tomar, por medida de un porvenir que una inteligencia omnisciente podría sólo alcanzar, las ideas de una inteligencia limitada. Cuando no creen que una cosa sea posible, deducen del hecho que nunca lo será. La sociedad, de generación en generación, no ha cesado de hacer progresos que nadie había previsto; sin embargo, en la práctica, no se cuenta, para el porvenir, con los progresos imprevistos.

En los debates parlamentarios ¿qué es lo que se hace?

Pésanse con cuidado las probabilidades; pero se parte siempre del hecho de que las cosas permanecerán siempre en tal estado.

Sin embargo, cada día agrega al estado actual factores nuevos, y sin cesar se ven

Demasiadas Leyes

producirse resultados que se hubieran creído improbables.

¿Quién hubiera dicho, hace algunos años, que un refugiado de Leicester Square no tardaría en ser el emperador de los franceses? ¿Quién hubiera esperado de un ministerio de propietarios territoriales el establecimiento del librecombio? ¿Quién hubiera soñado con que la Irlanda encontraría por sí misma el medio para curarse de su exceso de población?

Y sin embargo, todo esto ha sucedido. Los cambios sociales, muy lejos de seguir la vía más verosímil, siguen siempre las que, a los ojos del sentido común, eran menos probables. La tienda de un barbero no parecía la cuna natural de la nueva industria algodone-
ra¹². No se podían esperar de aquel comerciante de la calle de Leadenhall grandes adelantos en la agricultura. Y a nadie le hubiera

¹² Arkwright, el inventor de la *mull-jenny*, era barbero.

Herbert Spencer

ocurrido pensar que un labriego pudiera inventar la hélice como propulsor de los barcos de vapor. Se podía esperar de todo el mundo, excepto de un jardinero, la invención de un nuevo orden de arquitectura.

Pues bien, en vano a diario los cambios más inesperados se introducen por las vías más extrañas: el legislador admite que la marcha de las cosas será precisamente la que los hombres de hoy pueden prever. En vano la exclamación tan corriente «¿Qué hubieran dicho nuestros antepasados?» no es sino una manera de reconocer cuántos resultados maravillosos han sido obtenidos y por medios muy imprevistos; no se parece creer que lo mismo será más adelante. Sin embargo, ¿no sería prudente que nos diésemos cuenta de esa probabilidad en política? ¿No sería razonable decir: Tal pasado, tal porvenir?

Pero no: justo a nuestra enérgica fe en la administración del Estado no tenemos, gra-

Demasiadas Leyes

cias al antagonismo de los dos modos de ver, sino una escasa confianza en las fuerzas privadas. Muy escasa, porque, a pesar de las lecciones del pasado, es locura a los ojos de muchas gentes al descansar en la convicción de que tales necesidades actuales de la sociedad se satisfarán espontáneamente, aún cuando no podemos ver por qué medios.

Sin embargo, ejemplos muy instructivos se ofrecen a sus miradas.

Uno de estos ejemplos es la falsificación de los alimentos del hombre.

He ahí un mal que la ley ha intentado detener, aunque sin resultado, en más de una ocasión; y únicamente la ley parecía capaz de contenerle.

Pero he aquí que, demostrada la impotencia de la ley, *La Lanceta* se mezcla en el asunto y, para aumentar su tirada, se pone a publicar semanalmente análisis químicos, con

Herbert Spencer

listas de comerciantes honrados y de comerciantes de mala fe. Poco a poco, otras hojas comenzarán a publicar listas por el estilo. Y el día en que el comerciante se halle expuesto a que se refieran sus hazañas a sus clientes, puédesse contar con una mejora notable.

Ahora bien ¿quién hubiera pensado en tal remedio?

Otro ejemplo es el hecho apenas creíble de que los distritos del centro han sido teatro.

Todos hemos oído hablar de la crisis que atravesaban los fabricantes de medias; era una enfermedad crónica, desde hacía una o dos generaciones. Se había hecho petición tras petición al Parlamento para que viese de poner un remedio a situación tan aflictiva: el legislador había hecho algunos intentos, más sin resultado. El mal parecía incurable.

Y he aquí que, hace dos o tres años, aparece la máquina circular de hacer punto, una máquina que produce las medias con rapidez

Demasiadas Leyes

muy superior a la del viejo sistema; sólo que no puede hacer más que la pierna y de ningún modo el pie.

Los artesanos de Leicester y de Nottingham miraban, pueden ustedes creerlo, la nueva máquina con el aire más alarmado del mundo: en su concepto, su miseria iba a aumentar.

Y lo que hizo fue librarles completamente de ella. Las medias se pudieron vender más baratas; el consumo se acrecentó prodigiosamente; para acabar, los antiguos mecanismos, de los cuales sobraba la mitad para la venta que había, son hoy empleados todos ellos para hacer los pies de las medias que fabrican las máquinas nuevas.

¡Cómo se hubiera tratado de loco al que hubiese esperado el remedio de causa semejante!

He ahí en cuanto a los males curados de un modo imprevisto.

Herbert Spencer

Nadie vio al pronto, en el descubrimiento de Ersted sobre el electro-magnetismo, un nuevo medio para detener a los criminales y facilitar el comercio. Nadie esperaba que los caminos de hierro sirviesen para disminuir el precio de los libros; y así es sin embargo. Nadie pensaba cuando la Asociación de las Artes concibió la idea de una exposición industrial internacional, que de ella nacería en Sydenham un palacio hecho para el placer de la vista y la educación de todos los cerebros.

Pero he aquí un argumento que acaba con la tesis de los filántropos impacientes:

No basta decir que se ha de contar con la fuerza vital de la sociedad para satisfacer poco a poco, espontáneamente, sin ruido, las mayores exigencias; no basta decir que los vacíos serán verdaderamente llenados por los medios naturales, mientras que por los procedimientos artificiales no se harán sino simples revoques. Aún hay más: mientras las necesi-

Demasiadas Leyes

dades de la sociedad no se satisfagan naturalmente, no serán del todo satisfechas.

He ahí, a los ojos de muchas gentes, una paradoja chocante; pero es fácil justificarla: que es lo que en pocas palabras vamos a intentar.

Más atrás queda demostrado que la fuerza creadora y motriz de un aparato social, trátese de administración, de comercio o de otra cosa, es siempre una suma de deseos individuales. Como no hay en el individuo acción sin deseo, así, hemos dicho, no puede haber en la sociedad ninguna acción sin un concurso de deseos.

A estas verdades, añadimos ahora esta otra:

Si en un individuo, en virtud de una ley general, los deseos más intensos, los que corresponden a las funciones más esenciales, son satisfechos los primeros, ya hasta, si es preciso, a expensas de los deseos más débiles

Herbert Spencer

y menos importantes, de igual modo, y por una ley general, análoga, en la sociedad, las necesidades esenciales, aquellas de las cuales depende la existencia y la multiplicación del pueblo, deberán, en el orden natural de las cosas, pasar delante de toda necesidad menos urgente.

En efecto, las dos series de fenómenos tienen su raíz común y la constitución del hombre: es necesario, pues, que sigan la misma marcha.

El particular se procura en primer término el alimento, luego los vestidos y un hogar; arreglado esto, piensa en tomar esposa; si puede hacer más, trata de tener una habitación con tapices, piano, buena bodega, criados, y da banquetes.

La sociedad se desarrolla de un modo semejante: primero se organiza para defenderse contra los enemigos y para conquistar el

Demasiadas Leyes

mayor botín posible; poco a poco nacen las instituciones políticas necesarias para sostener esta primera organización; en seguida, las necesidades en alimentos, en vestidos, en hogar, van aumentando, y se recurre a la división del trabajo; luego, cuando se han cubierto las necesidades de la vida animal, poco a poco van naciendo la ciencia, la literatura y las artes.

¿No es visible que el orden de sucesión de estos desarrollos es su orden mismo de importancia?

¿No es visible, puesto que cada uno de ellos tiene por causa un concurso de deseos, que deben aparecer según su orden de importancia, en virtud de la ley de correspondencia entre la energía del deseo en el individuo y la utilidad de la acción deseada? ¿No es visible también que este orden será observado más exactamente en la vida de las sociedades que en la del individuo? Porque si en este último las idiosincrasias pueden

Herbert Spencer

producir turbación, en el cuerpo social se neutralizan.

Si no se está persuadido de esto, cójase un libro en que se cuente la vida de los buscadores de oro: se verá en seguida un acuerdo entre estos hechos. He aquí lo que se leerá: Para poder comer, los mineros han de comprar los alimentos a un precio tal, que se gana más teniendo una tienda que buscando oro. Para proveerse, los comerciantes han de dar sumas enormes por el transporte de las mercancías desde la población próxima a la mina; y más de uno, viendo que se puede enriquecer con este tráfico, hace de él su oficio. Pero para ello es menester encontrar aparejos y caballos; los elevados precios que por ellos se ofrecen hácenlos llegar de todos lados, y tras ellos carreteros y albarderos. Los herreros por aguzar los picos, los médicos por curar a los calenturientos, se hacen pagar precios exorbitantes, según la necesidad que de ellos se tiene; y por esta misma razón,

Demasiadas Leyes

acuden en tan gran número como es preciso. Muy pronto las mercancías se tornan raras; muchos no pueden hallarlas sino bastante lejos; se ha de pagar bien a los marinos si no se quiere que deserten; de ahí un aumento en los fletes; los fletes elevados atraen a un número creciente de navíos; y así se desarrolla prontamente todo un aparato para llevar las mercancías de todas partes del mundo. Cada fase de tal evolución comienza en el momento en que se hace necesaria; dicho de otro modo, se suceden según el orden de intensidad de las necesidades correspondientes. Cada uno hace lo que juzga que más le produce; lo que produce más es lo que los otros están dispuestos a pagar más caro; lo que se encuentra dispuestos a pagar más caro es lo que más desean dadas las circunstancias. Luego el orden de sucesión debe ir de lo más a lo menos importante. Una necesidad que, en un período determinado, no es satisfecha, es una necesidad que no se tiende a satisfacerla de tal modo que un individuo

Herbert Spencer

halle provecho trabajando para procurar su satisfacción; debe ser una necesidad *inferior* a otras, puesto que se paga más para satisfacer éstas; aquélla debe, pues, esperar su vez, hasta que todas las que más urgen entonces hayan pasado.

Ahora bien ¿no se ve clarísimo que esta misma ley es igual en toda comunidad? ¿No es cierto que ocurre con las últimas fases de la evolución social lo que con las primeras, que las necesidades más débiles vienen detrás de las más fuertes?

Basta tener buen sentido para no dudarlo.

Así se encuentra justificado lo que parecía una paradoja: una necesidad pública, en lo que no fuese satisfecha de un modo espontáneo, debiera no ser satisfecha.

Efectivamente, ahí está nuestro razonamiento, que lo mismo se aplica a una socie-

Demasiadas Leyes

dad complicada que a la más sencilla: en general, todo trabajo descuidado es un trabajo cuyos productos no son tan necesarios como otros a la sociedad. De dónde resulta este colarario: Hacer ejecutar por un medio artificial un trabajo descuidado, pagando al efecto a varios ciudadanos, es perjudicial a otro trabajo más urgente, que hubieran ejecutado y que quedará descuidado; es satisfacer la necesidad mayor a la más pequeña.

Se nos va a hacer esta objeción:

«Pero, en fin, los trabajos que ejecuta un gobierno, al menos representativo, los ejecuta para obedecer a un concurso de deseos. Por consiguiente ¿a qué pensar que aquí lo menos útil no estará subordinado a lo más útil?»

He aquí nuestra respuesta:

Es indudable que se tiene una inclinación a seguir este orden; es indudable, en cuanto

Herbert Spencer

a esas necesidades primitivas, que la defensa del país y la seguridad de las personas, la máquina del gobierno, que tiene ahí mismo su origen, las ha satisfecho según el orden natural; es indudable que, para otras necesidades primitivas y simples, ha podido ocurrir lo mismo; cuando, por el contrario, ya no se trata de deseos poco numerosos, generales y enérgicos, sino de deseos como los que quedan por satisfacer en un estado de civilización más avanzado, es decir, numerosos, moderados y particulares, no se ha de fiar en el buen juicio de los que gobiernan.

Entre una multitud de necesidades secundarias, de necesidades físicas, intelectuales y morales, que en clases diferentes son sentidas con más o menos fuerza, y a las cuales un número de individuos más o menos grande, según los casos, permanece insensible, elegir la necesidad más urgente es tarea que no pueden llevar a cabo las fuerzas del legislador. No hay hombre, no hay asamblea

Demasiadas Leyes

de hombres que, en la inspección de la sociedad, pueda ver lo ésta necesita; es menester dejar que la sociedad *sienta* aquello de que tiene necesidad.

A la experiencia, no a la teoría, sea de pedir esa solución. Dejad que los ciudadanos experimenten, día tras día, males y disgustos de diversas suertes y con los que sufren más o menos; poco a poco nacerán en ellos repugnancia proporcionadas a lo que sufran, y, por último, según toda probabilidad, el primero que se suprima de todos los males será el peor.

«Pero lo que de ahí resulte será una marcha de cosas y irregularísima.»

Sí, las costumbres, los prejuicios de los hombres, producirán muchas extrañezas, aparentes al menos; pero es preferible fiar en este método a confiar en la inteligencia del legislador.

Caso de dudar de esto, puebas no faltan

Herbert Spencer

en favor de lo dicho. Y, para hacer la comparación más concluyente, vamos a tomar un caso en que el gobierno se halla por completo en disposición de decidir, conforme se cree: se trata de nuestros medios de comunicación.

Cuando se dice que los caminos de hierro hubieran sido mejor trazados, mejor construidos por el gobierno, ¿quiérese pretender que el gobierno habría observado el orden de importancia relativa mejor que lo que han hecho los particulares?

Fue por responder a las exigencias de un tráfico enorme, de un tráfico para el cual no bastaban los medios entonces en uso por lo que se creó la primera línea, entre Liverpool y Manchester. Luego vinieron la gran unión, y el ferrocarril de Londres a Birminghams; en seguida el del Gran Oeste, el del Sudoeste, el del Sudeste, los de los Condados Orientales, el del Centro. Sólo entonces las líneas secundarias y los ramales atraieron a nuestros capitalistas.

Demasiadas Leyes

Lo que debe ocurrir ocurrió: las compañías hicieron primeramente las líneas más necesarias, es decir, las más productivas: obraron como el trabajador, que prefiere un buen salario a un mediano.

¿Hubiera el gobierno adoptado un plan preferible?

No hubiese sido fácil, porque el plan seguido era el mejor.

Pero hubiera podido adoptar uno peor: todos los induce a creer que así lo había hecho.

Es imposible la comparación directa; pero recuérdense las faltas cometidas de la construcción de las carreteras de la India y de las colonias.

O bien -otro ejemplo de las tentativas del Estado para hacer más cómodas las comunicaciones,- he aquí un hecho acerca del cual podemos insistir: mientras que nuestros

Herbert Spencer

gobernantes han sacrificado los hombres a cientos y tirado el dinero sin contar, para encontrar el paso por el Noroeste, que, si lo hubieran encontrado, hubiese sido inútil, han abandonado a las Compañías privadas el cuidado de explorar el istmo de Panamá y de atravesarle por caminos de hierro y canales.

Sin embargo, no queriendo deducir demasiado de esta prueba indirecta, contentémonos con un ejemplo: un canal abierto por el Estado para el comercio, en nuestro país, el canal de Celedonia.

Hasta hoy, esta obra pública ha costado más de 26.350,000 francos; hace muchos años que está acabada, y no se ha cesado ni un solo instante de pagar a emisarios para que atraigan el tráfico hacia aquel lado.

Y véanse cuáles han sido las resultas, según el informe anual numero 47, publicado en 1852:

Demasiadas Leyes

<i>Ingresos del año</i>	197,725 francos
<i>Gastos</i>	231,525 »
<i>Pérdida</i>	<hr/> 33,800 francos

¿Se ha visto nunca a una Compañía privada para la explotación de un canal hacer tales gastos con un tan lastimoso provecho?

Ahora bien, cuando un gobierno es ya tan mal juez, tan poco competente para comparar la importancia de las diversas necesidades de la sociedad, cuando se trata de necesidades *de la misma especie* ¿qué se ha de esperar de su competencia cuando las necesidades sean de especies distintas?

Cuando se ve, en asuntos en que una pequeña dosis de inteligencia bastaría para conducirse bien, que el legislador y sus funcionarios se engañan a este respecto ¡cuántos y cuánto más terribles errores no se han de esperar de ellos en asuntos en que la mayor inteligencia no bastaría! ¡cuándo tuvieran

Herbert Spencer

que elegir entre miles de necesidades corporales, intelectuales y morales, que no pueden compararse directamente! ¡Y qué desastres si llevan a cabo sus decisiones!

Si se desea para bien penetrarse de esta verdad, un claro ejemplo, bastará leer a este fin lo que sigue, extraído de la serie de cartas recientemente publicadas en la *Crónica de la mañana*, sobre el estado de la agricultura en el país de los franceses. El autor viene a decir que, en su concepto, Inglaterra adelanta en cien años, en lo que agricultura se refiere, a la República de Francia; y prosigue en estos términos:

«Se ha de atribuir lo que sucede a dos Causas principales».

«En primer lugar, por extraño que el hecho puede parecer, en un país en que las dos terceras partes de la población trabajan la tierra, la agricultura no es honrada como debiera. Cuando el francés siente su ingenio algo desarrollado, huye a la ciudad tan in-

Demasiadas Leyes

falible como el hierro va tras el imán. No le gusta el campo, aquella vida le desagrada. Un agricultor aficionado sería en Francia objeto de curiosidad».

«Por otra parte, esta debilidad de la nación es alentada por un sistema de gobierno centralizador, por la multitud de colocaciones, todas ellas retribuidas. De todos los rincones de Francia, los Hombres de energía y de recursos acuden, luchando juntos, para lanzarse en el mundo parisiense: quieren hacerse grandes funcionarios. En cada uno de los 84 departamentos, los hombres algo menos dotados en voluntad y en talento luchan por llegar al mando en la capital de la provincia. Quieren hacerse pequeños funcionarios».

«Desciéndase un grado, y se tendrá en pequeño el mismo espectáculo. La provincia es a la Francia lo que el cantón es a la provincia, lo que la comuna es al cantón. Todos

Herbert Spencer

los que tienen, o se figuran tener, un poco de seso en la cabeza, se apresuran a correr a las ciudades, a disputarse los empleos. Todos los que tienen, o pasan a sus propios ojos o a los ojos de otros, por tener poco talento y no ser buenos sino para este oficio, se quedan en su pueblo, cavando la tierra, cuidando el ganado, podando la vid, como lo hicieran antes que aquellos tantas generaciones de sus antecesores. Y esto hasta que no queda ninguna inteligencia en el campo. Todo lo que hay en el país de voluntad, de instrucción y de talento va a sepultarse en las ciudades. Es muy corriente, si se sale de una ciudad, no encontrar ni un ser instruido y bien educado hasta la ciudad siguiente. Todo intervalo es un desierto, una soledad para la inteligencia».¹³

¿Y por qué esta especie de absorción, que arranca a los campos todos los hombres de valer que encierran?

¹³ Morning Cronicle, agosto de 1851.

Demasiadas Leyes

A fin de procurar al Estado todos los funcionarios que necesita para tantos trabajos como creen tener a su cargo los gobernantes franceses: para divertir al público, para explotar las minas, para construir carreteras y puentes y para elevar innumerables edificios, para imprimir libros, para favorecer a las bellas artes, para vigilar tal comercio, para inspeccionar tal industria, para hacer, en fin, esas mil y una cosas que el Estado hace en Francia.

Y para reclutar el ejército de funcionarios que necesita, se ha de descuidar la agricultura. Para mejor velar por ciertas conveniencias sociales, déjase a un lado la primera necesidad de la sociedad. Se debilita la verdadera base sobre la cual reposa la existencia de la nación, a fin de asegurarse algunas ventajas, de las cuales se podría prescindir.

¿No teníamos razón al decir que, hasta el día en que una necesidad se satisface espontáneamente, debiera dejársela a un lado?

Herbert Spencer

Aquí se revela a nosotros el lazo de parentesco que une dos mentiras: la una que se ha envuelto en esa fe en la intervención del Estado, la otra cuya justicia acaba de ser hecha por la agitación en favor del librecambio.

En todos los aparatos inventados por el legislador para alcanzar los fines que sin eso no serían logrados, se encuentra, aunque bajo una más útil forma, la idea en que se inspiran los proteccionistas. La cual es la misma política de vista corta que, por un lado, en comercio, inventó las primas y las protecciones, y por otra parte, entrando en los grandes negocios de la sociedad, predica la multiplicación de los cuerpos administrativos. Y en un sentido y en el otro cae bajo los ataques de una misma crítica.

En efecto, el vicio secreto de toda ley cuyo objeto es sostener un negocio por fines artificiales ¿no es en el fondo ese mismo error de que acabamos de hablar? ¿no es el olvido de esa verdad que, construyendo gentes para

Demasiadas Leyes

hacer cierto trabajo, impide forzosamente que otro trabajo sea hecho?

Cuando nuestros hombres de Estado se creían muy sabios protegiendo las sedas indígenas contra las sedas francesas ¿no se figuraban que todo el trabajo así asegurado a las nuestras era un beneficio neto para la nación? ¿No pensaban que las gentes empleadas en este trabajo, a falta de él se habrían vuelto hacia otro, y que este otro trabajo, pudiendo hacerle sin el amparo de la ley, podían evidentemente hacerle con más provecho? Cuando los propietarios territoriales defendían con tanta aspereza sus trigos contra la competencia de los trigos extranjeros, nunca se habían puesto ante los ojos una verdad tan sencilla como ésta:

¿Qué venía a probar el que sus tierras no produjeran trigo a un precio bastante bajo para apartar todo peligro de competencia?

Sencillamente que no sembraban lo que era

Herbert Spencer

necesario sembrar; así que su género de cultivo era comparativamente ruinoso.

Siempre que, por derechos engendradores de obstáculos se ha sostenido un comercio que de otro modo no habría podido subsistir, se ha apartado el capital de su dirección natural para hacerle resbalar hacia un terreno en que era menos fecundante; suprimáanse esos obstáculos: se hubieran sacado los artículos protegidos de cualquier comarca en que se fabricasen más económicos; y, en cambio, habíamos enviado cualquier artículo de esos en los cuales, por nuestras actitudes, por un privilegio del país, somos superiores a la otra nación. Por consiguiente, para entregarse a ciertos trabajos patrocinados por el Estado, las gentes se habían apartado de trabajos más ventajosos.

¿No se ve bien que todas estas intervenciones del Estado son causadas por el mismo olvido, trátase de comercio o de otra cosa, que el legislador, empleando hombres

Demasiadas Leyes

en el cumplimiento de tal o cual tarea, impidió el cumplimiento de aquella otra? ¿No se ha creído en todo tiempo, y siempre que se perseguía una ventaja, que si se obtenía sería todo provecho, ignorando que para obtenerla era necesario soportar cierto mal, y que sin esto ese mal habría desaparecido? ¿Y no tenemos razón al decir que ocurre en esto, lo mismo que en el comercio, que el trabajo encontrará solo, y mejor que ningún gobierno, su empleo mejor?

Seguramente ¿no es cierto?

Consideradas como es debido, las dos tesis no hacen más que una; la división de los asuntos en dos clases, los comerciales y los otros, no llega al fondo de las cosas. Todas las acciones que se compone la vida de una sociedad, caen bajo la siguiente definición general: un trabajo humano con la satisfacción de un deseo humano por objeto.

Que esta satisfacción sea obtenida por

Herbert Spencer

medio de ventas o por el de compras, o por cualquier otro sistema, cosa es que en nada cambia la ley general.

Es igualmente cierto en todo caso que, de dos deseos, el mayor será satisfecho antes que el más débil; y de idéntico modo, que procurar satisfacción a los deseos débiles antes que la naturaleza provea respecto a ellos, es rehusar satisfacción a los más fuertes.